

Una historia la escribe cualquiera

JOSÉ ROBERTO SARA VIA VARGAS

“¡ **E**s hora de empezar!” se dijo Ignacio con una sonrisa que algunos juzgarían como ambiciosa y otros como maligna. Por fin había llegado el momento de demostrarle a Rosa, su excompañera del colegio, que estaba totalmente equivocada. El joven, acostumbrado a las altas calificaciones, sobre todo en ciencias y matemáticas, sencillamente no podía permitirle a nadie llevarle la contraria. Era él quien siempre hallaba la solución a todos los problemas. Nadie más que él podía llegar a entender la esencia de la realidad, sin importar el empeño que ésta dedicara a ocultarse entre los pliegues de la naturaleza. Ignacio, luego de graduarse de secundaria, naturalmente optó por una carrera en el área de las ciencias; una carrera que empleara todo su potencial intelectual. A menudo se sentía orgulloso de formar parte de la élite cuyo coeficiente intelectual aseguraría grandes logros en el futuro. Jamás lo reconocería en público, pero muy secretamente el joven desdeñaba todo aquello que no poseyese complicadas ecuaciones y fórmulas impenetrables. Era por eso que su discusión con Rosa había comenzado. Su memoria privilegiada recordaba puntualmente el inicio de la discusión meses atrás; de hecho, al día siguiente se cumplirían cuatro meses. Era tiempo de poner fin a ese molesto desacuerdo.

Todo inició en un día común que, paradójicamente, pronosticaba aburrimiento por doquier. El muchacho por casualidad encontró a Rosa en la cafetería de su facultad. La joven estudiante estaba tan concentrada escribiendo que ni siquiera notó la presencia de Ignacio cuando éste se sentó a su lado para saludarla. Sin embargo, socializar con ella estaba muy lejos de la verdadera razón por la cual el joven genio se acercó. En realidad, deseaba saber por qué ella estaba tan lejos de Artes y Letras, la facultad a la que Rosa pertenecía.

La joven le refirió que, aprovechando dos horas que tenía entre clases, había salido a caminar por la universidad. Deseaba encontrar una poca inspiración para su trabajo final en un curso de escritura creativa. Se suponía que debía presentar una historia, pero hasta el momento no había podido dar con un tema que la motivase a escribir.

Ignacio revisó la modesta libreta de la joven y leyó un conjunto de palabras y frases. A su juicio, eran palabras al azar y frases inconexas entre sí... se trataba de algunas notas que Rosa había escrito durante su caminata para salvarlas de las implacables garras del olvido. ¿Esperaba ella que semejantes garabatos mentales le fueran útiles a la hora de escribir su historia?

La joven estaba honestamente preocupada. Aparentemente, ella *creía* que escribir una historia constituía una tarea difícil, situación que le pareció a él extremadamente divertida. ¿Qué era una simple historia si se comparaba con su proyecto para analizar las bases matemáticas y los algoritmos numéricos usados actualmente para resolver el problema de los sistemas de ecuaciones no lineales? “La pobre delira”, se oyó decir mentalmente. El rostro del joven traicionó a su dueño y decidió revelar más de lo debido, pues Rosa logró leer perfectamente su expresión y le preguntó si pensaba que escribir una historia era algo sencillo. “Por supuesto”, dijo él sin el más mínimo asomo de duda. Fue en este punto donde inició el problema. Con cualquier otra persona, la discusión habría terminado allí mismo en menos de treinta segundos, pero no era igual con ella. Rosa era una joven brillante... él nunca supo por qué ella decidió *desperdiciarse* de esa manera en Artes y Letras. De hecho, en secundaria ella nunca tuvo problemas con ninguna materia y era quien ayudaba a los compañeros con las intrincadas identidades trigonométricas al igual que con los escurridizos pesos atómicos, ya que Ignacio, sumido en su propio mundo de gloriosas hazañas intelectuales, jamás había tenido tiempo.

Rosa no solamente presentó argumentos sólidos con respecto a la dificultad para escribir una historia, sino que también golpeó fuertemente la autoestima de Ignacio cuando externó su aburrimiento por las ecuaciones que él tanto veneraba. Incluso se atrevió a asegurar que divagar en fórmulas, lejos de expandir el horizonte intelectual del individuo, tendía a reducir su campo de visión. Según ella, los intelectuales enfrascados en fórmulas perdían la noción de la realidad para convertirse en versiones degradadas de Don Quijote. Aquél al menos atacaba molinos reales al confundirlos con gigantes; éstos, cegados por sus fórmulas, atacaban la rotación, la distancia o la resistencia pero eran incapaces de visualizar los molinos *en su totalidad*.

Esa fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Jamás permitiría a nadie hablar así de la élite de la sapiencia. Le demostraría a Rosa que tan fácil era crear una historia suficientemente buena como para aprobar el curso antes del fin del cuatrimestre, espetó sin que ella lo retara siquiera. Para ser objetivos, se oyó recalcar, la profesora del curso de escritura creativa juzgaría su producto.

Después de ese día, semana tras semana durante los siguientes cuatro meses, la joven acudía a la cafetería con el fin de leer la creación de Ignacio. Sin

embargo, éste no apartaba “la media hora necesaria para sentarse a escribir” y entonces ambos discutían de nuevo.

Había llegado el tiempo de poner fin a tan enojoso desacuerdo. El semestre terminaría en dos días, así que Ignacio honraría su promesa y escribiría su historia en un instante para mostrársela a su rival el día siguiente. Media hora bastaría, especialmente ahora que su proyecto *serio* estaba terminado.

“¡Ya lo verás, Rosa!” se regodeaba mientras imaginaba la cara pálida y desencajada de la muchacha cuando terminara de leer su obra maestra. En un momento le demostraría que nada más basta un poco de tiempo en las manos de cualquiera *sin nada qué hacer* para que se produzca una historia.

Por supuesto, Ignacio no perdería por ningún motivo. Sabía que su ortografía era impecable, así que eso no sería problema. El problema se presentaría si la antojadiza Rosa, luego de leer su creación, argumentara falta de valor en su obra, especialmente porque la joven dominaba un sinfín de teorías estéticas sobre la escritura. Ignacio, por supuesto, las ignoraba por completo, pero reconoció su existencia y validez en las múltiples discusiones con Rosa. Para eliminar la posibilidad de ver su historia juzgada como vacía, había pasado por la biblioteca a primera hora y había literalmente engullido varios tomos sobre escritura creativa y teoría literaria. “¡Tengo las fórmulas; nada puede salir mal!” se repitió.

Primero extrajo de su memoria lo aprendido en secundaria. “Una historia no es más que una composición de acciones cualesquiera en un marco temporal subjetivo y posee un esqueleto conformado por una introducción (que presenta el ambiente, los personajes, el tono inicial, entre otros), un desarrollo (el cual incluye como punto de mayor importancia el clímax) y una conclusión (la cual no debe ser obvia y debe alejarse de clichés tales como “era todo un sueño” y afines). Según el tipo de acciones, su estructura, contenido y tono, se clasifica en diversos géneros y movimientos literarios. Los dos grandes géneros clásicos heredados del teatro griego son la tragedia y la comedia, aunque la prosa es mucho más variada”. “¡No puede ser más fácil!” exclamó.

Bien... era el momento de decidir. ¿Qué tipo de historia escribiría?

La comedia fue la primera descartada. Ignacio era terrible para contar chistes. Incluso las situaciones más jocosas perdían su efecto cuando pasaban de sus labios a oídos de sus interlocutores. Ni siquiera cuando hablaba de pobres víctimas de una caída en un centro comercial—situación que hace reír a la gran mayoría—la gente reía. A lo sumo, mostraban una sonrisa débil y por compromiso decían “Es gracioso, ¿verdad?” luego de que él narrase los detalles de dichos accidentes.

Los románticos y sus excesos tampoco le atraían... lo gótico y bizarro que aquellos tanto ansiaron jamás había sido su campo. Además, sentía que traicionaría a la ciencia misma si empezaba con elucubraciones de sucesos y criaturas carentes de fundamentos científicos. ¿Y qué tal la ciencia ficción? No... la ciencia era la realidad. Mezclarla con la ficción sería rayar en lo profano. A él le gustaba la lógica y en el discurso narrativo no existe, se dijo, nada más lógico que el misterio: un aguzado detective capaz de resolver casos imposibles para los demás. Sin embargo, le pareció que todo lo que pudiese producir no sería más que

una burda copia del brillante Sherlock Holmes. Además, la idea del detective ya había sido explotada hasta la saciedad: la mitad de las series televisivas en los canales nacionales y de cable versaban por allí. ¿Cómo convencería a Rosa de que su trabajo era verdaderamente auténtico?

Seguidamente pensó en fantasía porque “cualquiera puede escribir y hablar tonterías que no existen: castillos en las nubes, monstruos, dragones, magia, duendes y bobadas semejantes”. De hecho, en un segundo había ideado las burdas líneas de un argumento inicial. Sin embargo, abandonó la idea de escribir sobre fantasía cuando, después de una cuidadosa disección mental, retiró a *Harry Potter*, al *Señor de los anillos*, al *Doctor Doolittle*, a *Artemis Fowl*, a la *historia sin fin*, a *las crónicas de Narnia* y hasta a la *araña Carlota* de su argumento. Al final, no le había quedado absolutamente nada, excepto un personaje verde que se asemejaba a un apresurado injerto frankensteiniano de *Shrek* con el *Increíble Hulk*. “¡Esto no sirve!”, se dijo incómodo.

“¿Y qué tal el realismo?”, pensó. “¡Nada mal! Escribiré una historia realista; incluso me servirá como un perfecto contraejemplo para Rosa y su postulado sobre los Quijotes. ¡Está decidido!”

Con una sonrisa más ancha que abarcaba sus labios delgados, Ignacio se sentó dispuesto a escribir sobre la realidad. Para hacerlo más interesante, decidió no usar su computadora. Después de todo, tenía allí todo lo necesario para escribir: “papel... y aún más importante que el papel, el lápiz”, se dijo. En ese instante, un rayó atravesó sus pensamientos y los hizo añicos que tintinearón al caer. ¡Las palabras que acababa de decir *no eran suyas*! En otras circunstancias no le habría importado, pero se disponía a escribir una historia original... sencillamente no podía darse el lujo de usar ideas que no fueran suyas. Rosa era altamente suspicaz y lo notaría al instante de la misma forma que leyó sus pensamientos la primera vez que la vio.

Con una profunda inhalación para ahogar la ansiedad, meditó. ¿Era verdad que esas palabras sobre el lápiz y el papel no eran suyas? ¿De quién eran entonces? Probablemente de algún catedrático de su facultad cuando explicaba la manera de escribir el reporte para los proyectos. No. Tal vez su maestra de escuela, la que siempre estaba enfatizando la ortografía, las había externado. Tampoco. Pensó por unos segundos más y la respuesta surgió tímidamente de entre las sombras: ¡Quien lo dijo fue *Bob Esponja el de los Pantalones Cuadrados*! Es más, lo había dicho justamente en un episodio en el cual su maestra le había asignado escribir un ensayo. Inmediatamente, en su cabeza se reprodujo un texto de Wolfgang Iser sobre las conexiones textuales y la memoria. “¡Al diablo con Bob Esponja, Iser, y también sus conexiones! ¡Estoy tratando de escribir un ensayo!”, se dijo con rabia. “¡Ni siquiera me gustaba la caricatura de ese personaje idiota; solamente miré un par de episodios y no precisamente porque quisiese hacerlo!”

Otro agrio pensamiento hirió su mente con violencia. ¿Había dicho que intentaba escribir un *ensayo*? ¿Por qué había dicho *ensayo* si lo que estaba a punto de escribir era una historia? La teoría de superposición de marcos se apresuró a responderle. El solo pensamiento de verse a sí mismo al mismo nivel de *Bob*

Espanja le causó un estremecimiento intenso. Con un súbito movimiento de su mano, apartó de su mente dicha teoría como si se tratase de un moscardón y su molesto zumbido.

Era mediodía ya. Alguien en la cabeza de Ignacio recitó con voz lúgubre “Daba el reloj las doce...y eran doce golpes de azada en la tierra... ¡Mi hora! Grité...”

“...El Silencio me respondió: No temas. Tú no verás caer la última gota que en la clepsidra tiembla”, le respondió a Machado el joven en voz alta mientras pensaba el tema de su historia.

“Bien, escribiré una historia sobre el proceso electoral pasado. Mi objetivo será denunciar los fraudes. De ese modo, mi historia servirá para crear conciencia social”, resolvió al fin.

No bien pensó esto, Ignacio escribió el título: “La Patria engañada”. Sonrió.

Sin embargo, otro pensamiento sacudió su mente. Si deseaba ser realista, debía mencionar nombres reales y situaciones reales. Considerando el hecho de que en la pasada campaña electoral hubo demandas judiciales entre candidatos por insinuaciones de dineros mal habidos, sería muy arriesgado para él hablar de fraudes a menos que contara con pruebas contundentes.

“Olvidemos la política y seamos más cautos”, se aconsejó sabiamente mientras el tema de su historia efectuaba un giro inesperado hacia la ecología. Al mirar su papel, descubrió que el nuevo título era “¡Salvemos a las baulas!”

“Este título sencillamente apesta”, dijo con un sabor a herrumbre en su paladar. Funcionaría para una campaña ecologista, pero yo no leería una historia con este título. ¡En fin! Siempre puedo cambiarlo cuando termine mi historia”.

Ignacio empezó a escribir: “Había una vez...”

De nuevo, el borrador hizo su trabajo y la primera frase de la historia desapareció junto con algunas partículas de goma del borrador, que ahora se había reducido. Dos fueron las razones que condujeron al joven a dicha acción: La primera, Ignacio se percató del inicio tan gastado de su historia. Era más propio de un cuento de hadas que de una historia realista. La segunda razón fue que Ignacio no tenía ni la más remota idea de qué podía escribir sobre las baulas, excepto que eran tortugas y necesitaban protección.

Después de otro minuto de meditación (¡Gracias a Dios por la clase de yoga!), Ignacio descartó resignado la idea de las baulas. Incluso descartó la idea de un mensaje ecologista o de concientización cualquiera. “¡Nadie dijo que una historia necesariamente tenga que buscar un fin sublime! El realismo es sobre la realidad, y la realidad no comunica mensajes de ningún tipo. Mi historia será como una cámara de video que sencillamente se enfoque en describir la realidad tal y cual es. ¡Soy un verdadero genio!”

El nuevo título era ahora “Un hecho singular en el parque” y el tema sería el relato de dos personas que él una vez vio pelear a puño cerrado en el parque de su vecindario. Inició perfectamente. Sus palabras fluyeron constantes por cinco minutos mientras mencionaba la fecha, la hora y describía el lugar, el ambiente e incluso detalles pequeños como el vendedor de copos con su voz rasposa.

Fue entonces cuando otro problema se presentó. Sin que nadie lo llamara, un miserable duendecillo apareció de la nada y susurró con un tono burlón al oído de Ignacio “¿Y qué tiene de singular que dos tipos se peleen? ¡Basta con dar la vuelta a la manzana en cualquier vecindario para oír peleas!”

“Además, el tema es aburrido y no tiene nada que ver con la singularidad...” concluyó el joven mientras las palabras desaparecían nuevamente del papel con el sonido de mil rastrillos diminutos. “¿Pero por qué me pareció interesante y singular al principio? ¿Cómo fue que relacioné ese hecho trivial con la idea de *interesante y singular*?” Susan Lohafer le proporcionó la respuesta esta vez: “Los marcos pueden determinar no solamente qué *hechos* reconocemos o no, sino también qué elementos consideramos relacionados”.

“Aun así, no pienso abandonar la idea de la cámara de video. Seré un poco más modernista y cambiaré el estilo”. Recordó una de sus múltiples discusiones con Rosa. Ella había mencionado a un autor cuyo personaje era una casa. Se trataba de Ray Bradbury y *Vendrán lluvias suaves*. “¡Mi personaje será el parque mismo!” De nuevo la sonrisa brotó poco a poco mientras las oraciones se agolpaban presurosas en la punta de su lápiz y caían una a una como soldados paracaidistas entre las líneas celestes del papel para llenar primero una y luego otra página. Al final de la segunda página, Ignacio apenas recordaba lo que había escrito, así que decidió leerlo para corregir algunos detalles. Tomó la primera página y leyó:

SOY EL PARQUE

La brisa acaricia las copas de los árboles. El sol juega a coser sombras junto a todo lo que se encuentre más abajo que él. Los zanates, aborrecidos por muchos, buscan implacablemente comida entre la hierba. Dos niñas corren y ríen mientras compiten para ver cuál llega antes a la fuente. En la lejanía, un anciano de grandes lentes emplea su tiempo alimentando a las palomas...

Continuó leyendo y todo lo que había escrito era más o menos así. En realidad no tenía mucho que corregir porque no tenía mucho que agregar o suprimir. Todo se resumía en una serie de oraciones descriptivas, algunas más ingeniosas que otras, pero su único nexo común era precisamente la falta de conexión entre ellas. ¡Había logrado escribir dos páginas, pero no percibía ni el más diminuto rastro de historia en ellas!

“William Peden había dicho que un cuento es ficción en prosa en la que un personaje o grupo de personajes va de aquí hacia allá, pero en mi relato todos van hacia tantos caminos que al final nadie va hacia ninguna parte”, sentenció el joven escritor. Con una punzada en el estómago, miró su reloj. La media hora había expirado hacía bastante tiempo ya. Revisó su texto otra vez. Le faltaba un elemento fundamental para llamarlo una historia. Le faltaba el sentido de *historicidad*: sus oraciones describían, pero no *narraban*.

“Según Lohafer, una historia cumple las expectativas que los lectores asumen como esquema de historia. Lo que yo escribí solamente cumple las

expectativas de un descomunal recuento del ambiente, pero nada se desarrolla a partir de él”, se repitió en un murmullo, algo decepcionado.

Ignacio lo intentó de otra forma. Trató de incluir oraciones que de algún modo sugirieran la existencia del parque como un ser vivo, pero al hacerlo notó que su barca empezaba a abandonar el muelle del realismo para adentrarse en el poco amigable océano de la fantasía. También se dio cuenta de que en muchos de los casos, las oraciones recién incluidas sencillamente interferían con el resto y terminaban por abrir grietas y boquetes en la ya frágil cohesión de su relato.

“Necesito incluir cambios y conflictos, pues son indispensables para una historia, como lo dijo Peden”, se recordó mientras tachaba, borraba, agregaba y enmendaba. Por unos instantes miró hacia su *laptop*. ¡Qué tonto había sido! ¿Por qué había decidido escribir a la manera tradicional en lugar de usar su computadora? Reflexionó por un instante. Se vio a sí mismo con el atuendo de Cervantes digitando a gran velocidad mientras en la pantalla se encontraba *Clipo*, su fiel ayudante de *Office*, quien a su vez vestía una capa de Superman y constantemente lo interrumpía para decirle “*Hola, parece que estás escribiendo una historia. ¿Necesitas ayuda?*”

“El Dúo Dinámico, sin duda”, musitó con desgano y siguió trabajando en el papel.

El sol se había puesto. La hora de la cena había pasado. Sin embargo, Ignacio no se había movido de su escritorio. Por los bordes de su basurero asomaba gran cantidad de hojas de papel arrugadas e inservibles cual una fuente de helados insípida e incapaz de producir alegría en los días de calor. El joven ya había empezado a lamentar su propuesta desafiante. Hacía unos minutos se había sentido como un personaje en una historia con solamente dos finales: o presentaba una historia decente y ganaba, o sencillamente no se presentaba al día siguiente y perdía irremediamente. Por supuesto que él no era ningún cobarde. Pasara lo que pasara, él estaría en la cafetería. Ignacio estaría, pero ¿y su historia? Esta sencillamente se negaba a salir; seguramente estaba pasando un buen rato oculta entre la negrura del grafito en el rincón más impensable del lápiz, ya todo mordisqueado y machacado por la intensa búsqueda.

El joven continuaba escribiendo y repetía segmentos de teoría al azar: “Para Lohafer la idea de historia está más relacionada con el final”; “para el Gran Maestro Poe todo elemento en la historia debe llevar hacia un fin concreto”; “Pratt dice que el problema con lo corto de una historia se da por el sentido de que los géneros literarios deben ser caracterizados por propiedades estéticas”. Era como si estuviera lanzando desesperadamente porras codificadas a un equipo invisible que jugaba los últimos minutos de un juego en un campeonato de una dimensión lejana. Intentaba tener en cuenta no solamente el ambiente y el hilo narrativo, sino también el tono de su narración, pero no podía decidir qué tipo de narrador usar. Incluso se cuestionó si en ese preciso momento él fuera parte de una narrativa, qué tipo de narrador se encargaría de relatar su sufrimiento y desesperación crecientes.

“De seguro el cruel autor de mi destino no usaría un narrador en primera persona”, murmuró amargamente. “Un narrador en primera persona establece

un nexo más personal con la audiencia. Probablemente optaría por una narración en tercera persona. Espero que de ser así, al menos use uno omnisciente para que la audiencia tenga una idea más clara de lo que estoy pasando”, deseó en voz alta con un poco más de amargura tiñendo sus palabras de gris.

La idea de no presentarse la mañana siguiente era cada vez más tentadora cuantas más bolas de papel volaban desde el escritorio. Ya se acumulaban en derredor al basurero, incapaz de contenerlas en su redonda y muda boca.

“¡Ese **no** puede ser el final de mi historia!” exclamó.

¿A qué historia se refería? ¿A la que había estado intentando escribir todo el día o a la que había estado escribiendo por cuatro meses ya? ¿Podría de repente despertar sobresaltado y autocalmarse con la frase “ahh, era todo un sueño”? Sintió como si realmente un autor despiadado estuviese jugando con él, por momentos mostrándole la luz de una tenue esperanza cual luciérnaga para luego arrebatarla cuando Ignacio creía que la tenía en sus manos. ¿Por qué si dominaba toda la teoría no podía escribir una simple historia? ¿Cómo era posible que aun siguiendo las fórmulas al pie de la letra no pudiese obtener el resultado deseado? Cada vez que intentaba aplicar las teorías, lejos de complementarse, éstas actuaban una contra la otra y formaban una infame reacción en cadena que se extendía por todas las líneas de su narración y la desplomaban fácilmente como si de una torre de naipes se tratara.

El día siguiente llegó. Rosa se presentó temprano en la cafetería y se sentó en una mesa después de ordenar un jugo. Los minutos transcurrieron calmos y distantes al ruidoso mundo fuera de su habitación circular. Después de una hora de espera, la joven se levantó, depositó el envase de su jugo en el basurero y con una expresión indescifrable en su rostro, se retiró lentamente.